



# VOCES DE MUJERES MIGRANTES

## Voces de mujeres migrantes

© 2021, Clínica de Investigación de Antropología Legal del Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM) e Instituto para las Mujeres en la Migración, AC (IMUMI)  
Todos los derechos reservados.

### Coordinación

María Antonieta Yarrington Morales, ITAM  
Miriam González Sánchez, IMUMI

### Entrevistas

Ángel Ariel Hernández Cisneros  
Ana Regina Rodríguez Vidaña Welch  
Claudia María Torrens Hernández  
Eugenio Campos Güitrón  
Fernanda Montserrat Urbina Hernández  
José Eduardo Martínez Torres  
José de Jesús Rosales Curiel  
Jesús Sesma Espinoza  
María Fernanda G. Islas Ruiz  
Miguel Alfonso Meza Carmona  
Paulina Macías Ortega

### Corrección de estilo

Amira Candelaria Webster

### Diseño

Isaac Ávila  
Ramón Arceo

El Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM) se fundó en 1946 por la Asociación Mexicana de Cultura A.C. En 1962, por decreto del entonces presidente Adolfo López Mateos, publicado en el Diario Oficial de la Federación el día 19 de enero de 1963, se le otorgó la calidad de Escuela Libre Universitaria con personalidad jurídica propia para todos los efectos legales. El 25 de febrero de 1985 fue autorizado por la Secretaría de Educación Pública a utilizar el nombre de Instituto Tecnológico Autónomo de México, que actualmente lo distingue.

[www.itam.mx](http://www.itam.mx)

El Instituto para las Mujeres en la Migración, AC (IMUMI) es una organización de la sociedad civil que promueve los derechos de las mujeres en la migración dentro del contexto mexicano, ya sea que vivan en comunidades de origen, estén en tránsito o residan en México o Estados Unidos. Las mujeres migrantes deben tener el derecho a desarrollar sus vidas en lo laboral, emocional y social en los lugares que favorezcan el bienestar y la seguridad para ellas y sus familias.

[www.imumi.org](http://www.imumi.org)

La publicación de este documento fue posible gracias al apoyo de Awo Internacional. 2021.

# ÍNDICE

Introducción	04
Con todo el dolor del mundo	06
Una chef internacional	10
Engeli y su madre	13
Esmeralda, la odisea de las oportunidades	16
Mil vidas en una: el viaje de Dilcia	19
Migrar para vivir	22
Despertar	24
Trámites y esperanza	26
México, país de las oportunidades	29
Conclusión	31

# INTRODUCCIÓN



Este documento es un trabajo elaborado por jóvenes estudiantes del Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM), quienes integran la Clínica de Investigación de Antropología Legal. A través de entrevistas a mujeres migrantes, las y los jóvenes exploran las experiencias de las mujeres en sus procesos migratorios.

Las historias van mostrando quién es México, el que acoge, apoya y sostiene las necesidades de las mujeres migrantes que cruzan y se establecen aquí, así como el país que las juzga, las discrimina y las violenta. Las mujeres que compartieron sus experiencias, cuyas historias se narran, muestran que, al igual que tú, buscan mejores condiciones de vida para ellas y sus familias.

A través de sus experiencias pretendemos concientizar a la sociedad mexicana, mostrarle la realidad de una mujer migrante y recordarle que más que personas de distintas nacionalidades son personas con derecho a una vida digna, al tiempo que llamamos a eliminar los prejuicios, discriminación y xenofobia que se han entretelado y normalizado alrededor de las personas migrantes.

Este proyecto estuvo acompañado por el Instituto para las Mujeres en la Migración, AC (IMUMI), organización de la sociedad civil que promueve los derechos de las mujeres en la migración dentro del contexto mexicano, ya sea que vivan en comunidades de origen, estén en tránsito o residan en México o Estados Unidos; parte de una perspectiva basada en los derechos humanos con la visión de que las mujeres deben contar con los recursos y la información necesaria para acceder a sus derechos y aprovechar los aspectos positivos de la migración.

# CON TODO EL DOLOR DEL MUNDO

María de los Ángeles  
26 años | Venezuela

Por Ana Regina Rodríguez Vidaña Welch  
María Fernanda G. Islas Ruiz



Desde un pueblito en Mérida, Venezuela, hasta la Ciudad de México, María de los Ángeles nos abre las puertas a su memoria para contarnos cómo fue que una joven decidió salir de su país para enfrentarse a los retos de ser mujer y migrante en un país como México, en el corazón de México.

Entre los recuerdos que nos comparte se asoman sus vivencias de niña, en casa de sus abuelos, adonde llegó debido a que su papá murió cuando ella tenía seis meses. Luego, a los seis años, contrajo una enfermedad que implicaba un desgaste en la cabeza del fémur y que le impedía caminar; el síndrome la obligó a perder un año de su preescolar. Durante todo ese tiempo no vivió con su mamá, sus abuelos la cuidaban. Luego de un tiempo, su mamá se la llevó a vivir con ella; al principio dormían las tres en una misma cama -su madre, su hermana y ella-; con el paso del tiempo construyeron su casa y entonces tuvieron la posibilidad de tener camas separadas.

La vida de María no siempre fue fácil: cuando entró al colegio no tenía amistades y recuerda haber sufrido *bullying* en esos primeros años. Poco a poco fue haciendo amigas y en el tercer grado ya comenzó a disfrutar la escuela.

Entró a la universidad para estudiar psicología social, aunque con el paso del tiempo tuvo que tomar la decisión de dejar la carrera. En realidad, no fue una decisión suya, fueron las circunstancias que se vivían en su país las que la obligaron a tomarla para poder trabajar. Sin embargo, el dinero que ganaba tampoco era suficiente para sostenerse; solo le alcanzaba para comprar «cuatro cositas de comida»; mucho menos para darse un gusto.

Aquellas circunstancias por las que abandonó sus estudios y la falta de recursos generaron esa inevitable presión para salir a buscar más oportunidades para estudiar, crecer, apoyar a su hermana y ayudarle a su mamá. Decidió salir rumbo a México. «Con todo el dolor del mundo», dice cuando comienza a contarnos sobre su partida de Venezuela.

Se describe como una mujer muy apegada a su familia, a la que no quería dejar, como tampoco quería abandonar su país: Venezuela, que por el momento se encuentra dañado. Aunque la entrevista se desarrolló vía telefónica, podría percibirse que cada que hablaba de su país se le dibuja una sonrisa en el rostro.

Las dificultades en la vida de María no se quedaron en sus primeros años en el colegio. La vida siguió siendo dura para la joven mujer que salió de su país por deber. Ya en México, conseguir trabajo no fue fácil, sobre todo porque no contaba con ningún permiso de las autoridades migratorias. Adaptarse a la cultura mexicana también la resultó muy difícil. A su parecer, las personas mexicanas no soportan que les hablen con un acento distinto al mexicano; el acento venezolano de María generaba que las personas se sintieran ofendidas, decían que María les gritaba; y quien no se ofendía, afirmaba que no entendía lo que ella decía. Situación que encontramos curiosa, nosotras no tuvimos ningún problema para entender todo lo que María nos contó. Lo que para nosotras implica la magia de venir de diversos países de América Latina: tantas personas hablando una misma lengua, la posibilidad de adaptarse, de conocer mejor..., para otras implica una pesadilla: la irrefutable prueba de no pertenecer a una determinada sociedad.

Aprender a andar en metro, ir a los restaurantes a pedir un vaso con agua e interactuar con las personas en la calle también fue difícil; pareciera que el simple caminar de las personas evidencia de dónde vienen; era como si los demás pudieran leer, en mi andar, que había llegado para «robarles algo».

Al escuchar estas historias de rechazo y prejuicio lamentamos que María conociera un México que nosotras desconocemos de primera mano, un México xenófobo. Le preguntamos si en algún momento su visión de este país cambió, si había logrado encontrar una red de apoyo que le generara un sentimiento distinto; nos respondió que sí. María conoció a más personas venezolanas cuando pidió asilo en México y a partir de ese momento comenzó a bajar la guardia, a no sentirse constantemente atacada. Creemos que María no se va a llegar a imaginar cuánto nos dolió escuchar eso, la prueba inequívoca de que a las personas mexicanas les hace falta sentir más empatía hacia tantas y tantos migrantes que pasan por México rumbo a Estados Unidos o que se establecen en el país, y que viven experiencias negativas, ya sea por el rechazo, la violencia o la discriminación.

La estancia de María en México cambió a su llegada al IMUMI; reconoce el valor que le ha implicado el apoyo que el Instituto le ha dado, especialmente el apoyo psicológico: «si no fuera por ese apoyo, yo ahorita estaría muy mal. No es fácil ser mujer migrante y no es fácil ser mamá».

María es mamá. Al principio fue muy difícil, porque el papá de su bebé no creía que fuera suyo. Ella, con un orgullo rígido como muro, mantuvo su distancia, aun cuando el padre reconoció su responsabilidad y quiso conocer más detalles sobre el embarazo. Para María nunca hubo momento de cobardía cuando se trataba de su hijo; estaba dispuesta a ser madre, estaba dispuesta a cuidar y a atender sola al bebé que crecía día con día dentro de su vientre. Pasaron los meses de su embarazo y poco a poco el padre del bebé se volvió una figura más presente, comenzó a apoyarla. La nueva dinámica de convivencia también fue difícil, un nuevo reto para ella.

Reconoce que lloraba mucho; era el miedo, era la incertidumbre. Sus lágrimas nunca fueron prueba de cobardía, por el contrario, cada lágrima que tomaba carrera por los caminos de sus mejillas eran la muestra de que se preocupaba por su futuro y el de su hijo; esto y la incertidumbre que parecía una constante en su vida desde que salió del país que la vio nacer y crecer, fueron el motor para que se topara con el IMUMI.

El IMUMI le brindó apoyo legal y psicológico, pero también le dio lo más importante: la seguridad de que nadie le quitaría a su hijo. Ella estaría al lado de su bebé para verlo crecer, educarlo y nada ni nadie los separaría, sin importar su situación migratoria o nacionalidad.

«Como persona migrante descubres que no todas las puertas van a estar abiertas en el país de destino; como migrante no piensas que haya alguien que vaya a escucharte, menos a ayudarte». El IMUMI, y otras organizaciones civiles, le demostraron a María que no todo México es un lugar hostil, que hay personas a las que sí les importan y que están dispuestas a ayudar. El Instituto fue la figura que le ayudó a registrar a su bebé. Esta situación también le resultó difícil, relata María, pues le querían cobrar 200 pesos porque no contaba con su acta de nacimiento apostillada; de nuevo, tenía que pagar «un impuesto» por ser mujer migrante en un país con arduo amor por los procedimientos burocráticos.

«Vivir en este mundo es todo un reto, sobre todo en ciudades grandes, es sobrevivir», narra María al preguntarle su percepción del mundo después de haber salido de su amada Venezuela. Aunque todo el proceso ha sido difícil, lo cierto es que, de regresar el tiempo, María afirma que repetiría el recorrido. Además, piensa que su experiencia no es la regla. En ese sentido, si tuviera que darle un consejo a una mujer que está a punto de migrar, le diría que lo haga, le diría que migre, porque no todas las personas tienen la misma suerte. También le diría que no confíe de



más en las personas, y que no queda más que echarle muchas ganas; rendirse no es opción. Los obstáculos vendrán inevitablemente, pero así como llegan los obstáculos, también llegarán personas que harán percibir al mundo como ese lugar amigable dispuesto a sostenerla y apoyarla.

María tiene tanto que platicar, tantas experiencias por contar que hace falta más que una llamada telefónica para escucharla. Sin embargo, la vida es corta y el tiempo no perdona. María decide hablarnos de su salud emocional, de sus sentimientos, y parece hacerlo sin recelo, parece admitir que estar triste es algo que pasa, que es un sentimiento natural de los seres humanos; «está bien estar triste, está bien llorar». Sobre la manera en que ha evolucionado en términos emocionales, afirma que todo su crecimiento se debe a Valeria, su psicóloga. Tal vez le hace falta mirarse más seguido al espejo y descubrir que su crecimiento es resultado de sus ganas de salir adelante, de todo lo que ha vivido y la fortaleza con la que ha afrontado cada obstáculo. Valeria ha sido el apoyo que necesitaba para darse cuenta de que ella, por sí sola, es enorme.

# UNA CHEF INTERNACIONAL

**Masiel**

*44 años | Venezuela*

Por José Eduardo Martínez Torres  
Fernanda Montserrat Urbina Hernández  
José de Jesús Rosales Curiel



Masiel es una mujer venezolana proveniente de la ciudad de Maracaibo, Venezuela. Empezó su viaje fuera de su país en el año 2016. Al llegar a México, puso un pequeño negocio de comida en Tapachula, Chiapas. Es la chef principal. En el local se ofrece una variedad de gustos y antojitos con breves toques de cultura hondureña y venezolana. Es una experta en la cocina de su país, pero el secreto de cada uno de sus platillos es el recuerdo que viene impregnado en ellos. Ese es el mejor ingrediente, que se añadió a los platillos por un gobierno que se olvidó de su pueblo, de su gente, que violenta a aquellos que buscan huir para aspirar a una mejor vida.

Ante la falta de comida, de dinero, de oportunidades en su país, Masiel tomó la dura decisión de emprender el viaje a ese territorio que muchos perciben sumamente lejano: México. Actualmente reside en Tapachula, Chiapas, en donde en compañía de su amiga Ruth —o como le gusta llamarle: Azul— lleva su vida alejada de su cultura y de su gusto por la locución.

Antes de emprender su viaje, Masiel vivía con su familia en su pueblo natal, en donde dedicaba su tiempo a participar en un programa de radio, donde se difundía todo tipo de cultura y entretenimiento: karaoke, recetas de cocina y hasta información sobre medicinas naturales; inclusive se escuchaban suaves boleros mexicanos o música de Pedro Infante. Desde entonces ya tenía contacto con México. Su amiga Ruth, una mujer mexicana, participaba frecuentemente en el programa.

Sin embargo, el gobierno de Venezuela decidió restringir el uso de internet y la difusión de la radio. Después de un tiempo, el programa de Masiel se vio obligado a salir del aire, y pronto su país se olvidaría de él. Ante el panorama económico que empeoraba de forma paulatina, Masiel tomó la decisión, luego de platicarlo con Azul, de emprender su viaje a México.

A sus ojos, México era esa tierra a la que nunca se llega; la imagen que en Venezuela se tiene de este país es aquella que se refleja en las telenovelas mexicanas, de las que Masiel es una auténtica fanática. Al llegar a México (Tapachula), encontró las puertas abiertas de la casa de su amiga Azul, la recibieron con una mesa llena de comida. Masiel no podía creer que en su país, el gobierno les quito todo, hasta la posibilidad de recibir a sus amistades con una mesa llena de alimentos.

Toda la vida se caracterizó por ser una férrea opositora del régimen de su país. Desde que tiene consciencia se ha presentado como una crítica de los gobiernos de Hugo Chávez y de Nicolás Maduro; gobiernos que le han quitado hasta la oportunidad de ver a su familia o de recibir asistencia legal. Pero en ella vive la fe en que las cosas pueden y deben cambiar.

Una vez en México, con el fin de traer a su familia, Masiel acudió a la embajada venezolana, la embajada del país que la vio crecer, pero que se olvidó de ella. El IMUMI levantó su fe en el camino porvenir; la mantuvo con la esperanza de que algún día iba a poder ver a sus seres queridos, hasta que el día llegó. Dos años después de haber iniciado el proceso para poder trasladar a su familia a México, recibió una llamada del Instituto con la esperada noticia: «Señora Masiel, sus hijos ya vienen». Afirma que a pesar de que una persona migrante vive más tristezas que alegrías, una sola llamada como esta levanta los ánimos.

Además del ámbito legal, IMUMI le aportó a Masiel el apoyo psicológico tan necesario para todas las personas, pero sobre todo para quienes han enfrentado situaciones adversas y se encuentran fuera de su país y de sus redes de apoyo. Se refiere al IMUMI como la esperanza, y en lo personal describiría a la institución como sus ángeles.

Sin embargo, cree que la migración no ha terminado para ella; en México se ha enfrentado a diversos problemas, como la dificultad para que su esposo acceda al campo laboral y la educación de sus hijos. Aunque su gobierno se haya olvidado de ella, persiste su deseo de volver a su país. A pesar del camino difícil, se mantiene firme, positiva. «Sí se puede», es una de las frases distintivas con las que se conduce día a día. Reflexiona y dice que «hay cosas bonitas como ver a los hijos o comer una arepa y recordar que siempre hay una mano amiga; es duro, pero Dios nos pone ángeles como IMUMI». La fe es una característica elemental de Masiel.

# ENGELI Y SU MADRE

**Engeli**

*37 años | Sudáfrica*

Por Jesús Sesma Espinoza  
Claudia María Torrens Hernández  
Ángel Ariel Hernández Cisneros



Engeli es una mujer de origen sudafricano que vive en México desde hace diecisiete años. Llegó al país por una oferta de trabajo, ella es maestra de inglés. Christie, su hermana gemela, vive en México desde hace quince años y es artista visual. Ambas ya tienen nacionalidad mexicana. A pesar de haber sido una familia muy unida, incluso después del divorcio de sus padres hace veinte años, han tenido lejos a su madre, Christina Catharina, y a su hermana menor, Mary Lee, quien es una mujer con parálisis cerebral y a quien su madre cuida desde que era una bebé. Al momento de realizar la primera entrevista, Engeli nos especificó que no era ella con quien debíamos dialogar, sino con su mamá. Dándonos luz acerca de su madre, Christina, Engeli describió a su madre como una mujer trabajadora desde siempre.

Christina Catharina se desempeñó durante mucho tiempo en su país como *financial manager*. Buscando un descanso y una vida diferente, dejó su trabajo y vendió su casa para buscar opciones en Estados Unidos, donde vive su expareja y padre de sus tres hijas. Viajó con su hija menor, Mary Lee, a Estados Unidos unos meses y luego vinieron a México para pasar la Navidad en familia. Después de dos semanas, regresaron a Estados Unidos, en donde al llegar les revocaron su visa por estar vencida y las deportaron al país de donde venía su vuelo, México. Engeli solo recibió un mensaje de su madre en el que le avisaba que iban a aterrizar pronto, pero posteriormente se encontraron incomunicadas porque el Instituto Nacional de Migración le quitó el teléfono a su madre.

Engeli narra esta parte de su historia familiar como un evento muy estresante. En aquellos momentos pidió ayuda a todos sus conocidos y una amiga suya la refirió al IMUMI, en donde la abogada empezó a ayudarles y trabajó para saber qué estaba pasando con su madre y su hermana -cómo y dónde estaban y porqué las habían incomunicado- hasta las 4:00 am de un 01 de enero cuando pudo comunicarse y saber que las habían deportado de México a Sudáfrica.

Meses después, Engeli conoció a Margarita, quien le recomendó que su mamá fuera a la embajada de México en Sudáfrica y entregara su solicitud de visa. Funcionó: Christina Catharina y Mary Lee entraron a México hace un año como turistas y siguen en el proceso de solicitud de residencia permanente por vínculo familiar. Debido a que entienden que el IMUMI tiene recursos limitados, ellas han contratado a una abogada para que se encargue de los trámites necesarios. Sin embargo, su situación se complicó por la pandemia de covid-19, ya que un requisito de migración es un certificado médico que avale el estado de salud de Mary Lee, y debido a su condición, Christina no quiere correr ningún riesgo de contagio al llevar a su hija a algún centro médico.

Engeli nos cuenta sobre la historia de su mamá, que también es la historia de su hermana menor: para Christina Catharina, primero está el bienestar de Mary Lee, su motor. Su hermana menor depende completamente del cuidado de su mamá. Su madre tiene una relación con una hija pequeña en cuerpo de adulta.

A los ojos de Engeli, su madre es muy luchadora y es la persona más dulce y sin quejas del mundo; la describe además como una mujer muy agradecida y siempre mirando hacia adelante, sorteando los obstáculos que la vida va poniendo. Cuenta que Christina Catharina creció en una parte muy rural de Sudáfrica en un ambiente hostil y árido, que de niña no tenía amigos porque no había niños, que tuvo que ir a un internado por la lejanía de la escuela y que creció con una mentalidad del tipo «si estás vivo y tienes dos manos y dos pies, no hay que quejarse de nada». Antes de venir a México se despertaba a las 4:30 am para vestir y desayunar con Mary Lee y llevarla a donde la dejaba mientras trabajaba.

Para Engeli, por su parte, su situación fue muy diferente a la de su madre; sabe que venir a vivir a México no le fue difícil; llegó a los veinte años a dar clases de inglés y se casó con un mexicano.

En su turno, Christina Catharina nos cuenta que, la mayor parte de su vida la vivió en Sudáfrica, pero quiso hacer un cambio y estar más cerca de sus hijas mayores. Ella tiene una licenciatura en Psicología y, cuando el padre de sus hijas le ofreció un trabajo en Estados Unidos, pensó que sería una buena oportunidad.

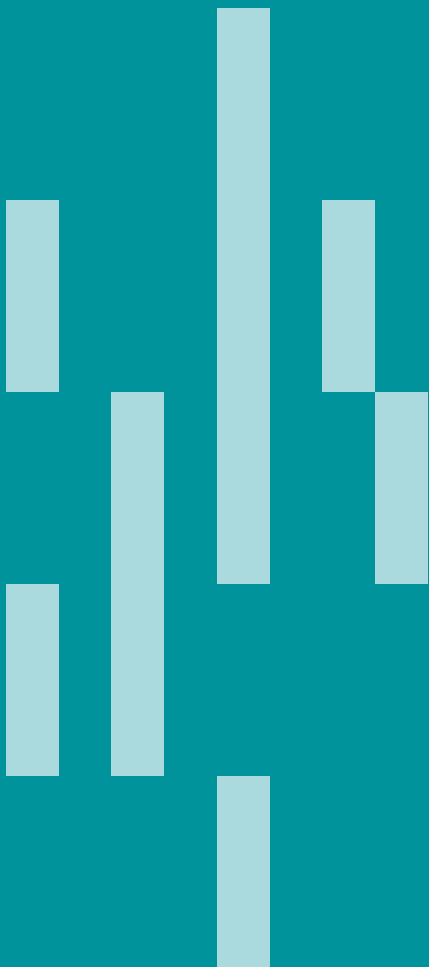
En México, aunque han aplicado juntas, Christina Catharina y Mary Lee, han tenido problemas en los trámites migratorios porque les piden una constancia médica de un hospital estatal y las oficinas están cerradas por la pandemia. Para Christina es importante que su hija menor este cerca de sus hermanas. En sus planes, ella quiere trabajar en *finance* y también es artista, además de que le gustaría tener tiempo y energía para escribir un libro sobre su experiencia de vida y migratoria. Aunque a veces se sienten solas, también piensan que ellas están bien y que hay muchas personas en la misma situación.

Para Christina, lo más importante es que su hija Mary Lee sea feliz. Se describe a sí misma como una persona positiva, que no se rinde fácil y es persistente. Como mamá, dice que odia pelear, prefiere la diplomacia, pero si tiene que pelear, lo hace muy bien. Desde su postura, a otras personas en su situación les dice «nunca te rindas».

Christina ama México. Opina que uno siempre está temeroso de los pasos grandes, pero ahora que ya se encuentran en este país, está agradecida porque lo disfruta y está cerca de sus hijas, a quienes ha visto más ahora que en los últimos veinte años. No distingue entre lugares, le gusta la Ciudad de México y Valle de Bravo. Piensa que si las cosas funcionan aquí, está bien. Con sus hijas tiene una relación muy abierta y las disfruta y quiere mucho.

A otras mujeres que están atravesando la experiencia de la migración les dice que ellas tienen suerte de contar con una familia, ya que ir sola a otro país es un reto grande. Sin embargo, si tienes un sueño y decides intentarlo solo debes hacerlo. Aunque tiene familia en Sudáfrica, su familia más cercana son sus hijas, a quienes quiere juntas. Siempre vale la pena intentarlo, y sin ellas no podría hacerlo.

# ESMERALDA, LA ODISEA DE LAS OPORTUNIDADES



**Esmeralda**  
*24 años | El Salvador*

Por Paulina Macías Ortega  
Eugenio Campos Güitrón  
Miguel Alfonso Meza Carmona



La historia de Esmeralda es una de las facetas de la historia de América Latina. Es la historia de diecinueve millones de kilómetros cuadrados que se debaten entre una cárcel de violencia e inexistentes oportunidades para muchas personas. La historia de Esmeralda también es una historia de viaje, de migración, de búsqueda... y de cómo funciona la desigualdad.

Esmeralda nació en El Salvador, pero su país natal pronto se convirtió en una amenaza para su vida. La situación generalizada era insostenible, el desempleo era la regla, la violencia era una constante. El temor y la preocupación estaban siempre presentes. A los veinte años fue víctima de una violación por parte de un miembro de una pandilla local. La violencia no cesó ahí. Al contrario, escaló de forma considerable. Diferentes grupos criminales empezaron a amenazarla de muerte, por lo que tuvo que huir del país, temiendo por su vida. Aunque solo tiene veinticuatro años, Esmeralda ha atravesado un largo camino, una odisea moderna, para conseguir la vida que quiere.

Salió de su país con su hija y con su mamá para solicitar asilo en Ecuador, a donde entró sin documentos migratorios, ya que los trámites burocráticos tardaban aproximadamente un año, pero dadas las circunstancias, no podía esperar tanto en El Salvador. En Ecuador, donde vivió un año, los problemas de su país de origen también estaban presentes: inseguridad y falta de oportunidades económicas, violencia y desempleo. Ella pensó que salir de su país podría ser suficiente para conseguir una mejor vida. La realidad latinoamericana y la desigualdad que permea a lo largo del continente le demostró lo contrario.

Se encontró con un nuevo obstáculo como migrante «irregular» en un país extranjero; ahora tenía que enfrentar un nuevo tipo de discriminación: en varios trabajos sus empleadores se aprovechaban de su falta de papeles para pagarle la mitad del salario mínimo y la obligaban a trabajar más tiempo que la jornada máxima.

Ante la falta de condiciones dignas y seguras, Esmeralda decidió migrar nuevamente, ahora a Estados Unidos. Obtuvo ayuda de su hermana en El Salvador para pagarle a un coyote, un grupo de personas que las ayudaría a entrar a Estados Unidos sin papeles. Así, atravesó medio continente hasta llegar a la frontera norte de México y cruzó el río Bravo en una pequeña lancha. Viajaron con ella, en busca de mejores condiciones, su madre y su hija.

Su travesía no acabaría al alcanzar la frontera. En el cruce con Estados Unidos las detuvo la policía y las trasladaron a un albergue, sin explicarles dónde estaban o qué iba a suceder después. La desigualdad estaba presente de nuevo bajo el disfraz de la ley, los abusos y el silencio. Los policías fronterizos las interrogaban constantemente pero no les daban ninguna información. No podían saber dónde estaban, a dónde las llevarían, qué esperar. Cuando Esmeralda o su madre intentaban averiguar algo acerca de la situación, los policías respondían que ellos solo estaban haciendo su trabajo y que ellas deberían quedarse quietas y calladas porque no tenían derecho a exigir nada. Después de retenerlas un tiempo, las regresaron a México.

En esos momentos, Esmeralda sentía frustración, decepción y tristeza por estar tan cerca de lograr su sueño y que se lo arrebataran en un instante. Además, ella no era lo que los policías pensaban; no era una persona sin derechos que quisiera aprovecharse de un país que no era el suyo. Esmeralda solo quería poder vivir en un lugar con seguridad y con oportunidades que le permitieran trabajar para salir adelante. Ella simplemente quería trabajar en condiciones dignas, no quería ayuda de ningún gobierno ni dádivas de ninguna persona. El discurso y pensamiento de las autoridades estadounidenses buscaba borrar estos hechos y mostrarla como una persona que quería «aprovecharse de un país ajeno, por gusto y holgazanería». El discurso de las autoridades

migratorias era ciego y sordo ante la desigualdad. Sin embargo, no hay mayor esfuerzo que atravesar varios países para conseguir un trabajo digno para vivir.

Antes de sacarlas de Estados Unidos, las autoridades separaron a Esmeralda y a su mamá. Las pusieron en distintas celdas. Esmeralda cuenta que ese fue el último momento en que vio a su madre. Su madre fue deportada a El Salvador y Esmeralda y su hija fueron enviadas a México.

La última petición de Esmeralda a los policías fue que la contactaran con sus familiares para pedir dinero para comer. Durante todo el tiempo en que las retuvieron solo les dieron un pan y un jugo. No tenían forma de contactar a nadie ni de solicitar ayuda. Las autoridades estadounidenses les dijeron que si querían comodidad, se regresaran a su país. Les dijeron que por mentirosas las iban a regresar a México.

En México, la violencia e inseguridad se volvieron a hacer presentes. A ella y a su hija las secuestraron durante tres meses. Unas personas desconocidas las subieron a camionetas. Esmeralda menciona que las escondieron en un lugar lleno de cucarachas. Una vez que su familia pagó el rescate, las tiraron en un monte y les dijeron que corrieran. Esmeralda corrió como nunca en su vida lo había hecho. Corría huyendo de la inseguridad, de la desigualdad, de la violencia. Tenía miedo de que les dispararan y las mataran en ese momento. Corrió mucho con su hija. Cuando se dio cuenta, estaba en un pueblito. No tenía idea de dónde se encontraba, cuánto tiempo había pasado. Fue a solicitar apoyo con los policías locales y le informaron que se encontraba en Estados Unidos. Sin darle oportunidad ni lugar a la esperanza, la volvieron a detener. Esmeralda contó una y otra vez que estuvo secuestrada, que la acababan de soltar y ni aun así le creyeron. La regresaron a México. Le dijeron que estaba inventando todo. Oídos sordos a las diferentes realidades.

Cuando Esmeralda y su hija iban a regresar a El Salvador, perdieron el avión. En ese momento, sin posibilidad material de comprar alimentos, Esmeralda solicitó apoyo al Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR). Ellos fueron el puente con el IMUMI. Esmeralda y su hija viven desde hace un par de meses en un albergue en la Ciudad de México.

Para aquel momento, sus permisos se encontraban vencidos. La abogada del IMUMI le ayudó con los trámites necesarios para renovarlos. Actualmente está esperando una fecha para entrar a Estados Unidos. Esmeralda nos cuenta con emoción que pronto volará a Tijuana para entrar con permiso a Estados Unidos. Su viaje al norte parece tener una fecha de destino fija.

Sobre sus planes futuros en Estados Unidos, Esmeralda comenta que ella y su hija vivirán con su hermana. Planea descansar un poco y después buscar un trabajo. A lo largo de esta historia, está implícita una fuerza impresionante. Esmeralda no suspira, no tartamudea y no llora al contar lo que vivió. Carga sus historias con la mirada alta, ilusionada con lo que le espera después de llegar a su destino.

# MIL VIDAS EN UNA: EL VIAJE DE DILCIA

**Dilcia**

*37 años | Nicaragua*

Por Ana Regina Rodríguez Vidaña Welch  
María Fernanda G. Islas Ruiz



Dilcia nació y creció en Nicaragua, en un pueblo llamado Yalí, rodeada de cultivos de café y al lado de un volcán. Hoy está en la Ciudad de México, lejos de su infancia y lejos de su país, viviendo una vida que nunca se imaginó. Tiene cuatro hijos, tres viven con ella y su esposo, chofer mexicano que le coqueteó un día mientras ella trabajaba en un restaurante en Chiapas. A su niña más grande no la ha visto en más de trece años porque, desgraciadamente, las dos fueron víctimas de las estrictas leyes migratorias estadounidenses. No obstante, esta no es una historia triste, es más bien una de resiliencia, fuerza, valentía y esperanza.

Dilcia ha vivido infinitas vidas en una de apenas treinta y tantos años, por lo que recordar su infancia le llena los ojos de lágrimas, como si hubiera sido hace un milenio. Con la voz entrecortada, platica sobre la infancia tan bonita que tuvo en Nicaragua. Su familia nunca fue privilegiada, pero sus padres le dieron todo lo que ella pudo necesitar. Tristemente, tuvo que dejar la escuela secundaria porque, donde ella vivía, estudiar una carrea no sirve de nada, no hay trabajo bien pagado. Consideró trabajar en fábricas, en el negocio de limpieza o en el campo, pero, al fin, su novio la convenció de migrar a Estados Unidos en busca del «sueño americano». Él se fue primero y juntó dinero para que también ella pudiera ir. Dilcia no lo tuvo que pensar mucho porque sus papás necesitaban el dinero y en Nicaragua simplemente no les podía dar lo que a ella le habían dado.

Cuando por fin llegó a Estados Unidos, quedó embarazada. La realidad es que en su corta estancia allá, su experiencia no fue nada fácil, entre una pareja abusiva, una niña recién nacida y la falta de papeles. Hoy, Dilcia no tiene contacto con su hija porque, a los nueve meses de tenerla, ella fue detenida y privada de su libertad durante tres meses, antes de deportarla a su país. Además, su hija vivió una experiencia fuerte allá y Dilcia tuvo que cortar el contacto con ella cuando tenía siete años. A las dos las separaron como si no tuvieran ningún derecho; por más que Dilcia rogó que se la dejaran llevar de regreso a Nicaragua, las autoridades norteamericanas actuaron como si la bebé fuera más de Estados Unidos que de su madre; por esta razón, su relación con su hija se dañó desde antes de que pudiera empezar. Esta es una historia que plática con el corazón pesado y voz triste, y concluye que, de poder regresar el tiempo, no volvería a salir de Nicaragua.

De nuevo en su país de origen, una vez más supo que tenía que salir para poder aportar económicamente a su familia. El problema era que esta vez ella iba sola. Le pagó a un hombre para que le ayudara a cruzar a México y juntos emprendieron el viaje desde Nicaragua hasta Guatemala. En este punto, Dilcia aconseja a cualquier mujer joven que quiera salir de su país a ser valiente y a tener mucho cuidado respecto a las personas que se encuentran en el camino, porque hay situaciones difíciles que dan mucho miedo. El señor la mantenía en Guatemala y se negaba a decirle cuándo la iba a llevar a México, porque parecía que no la quería soltar. Le daba largas por más que Dilcia preguntaba. Llegó un momento en que tuvo que ser valiente y presionarlo para que, finalmente, fueran por ella y la cruzaran a México.

Ya en Chiapas, consiguió trabajo de mesera en un restaurante veracruzano. Dilcia recuerda con mucho cariño a la dueña porque dice que la señora la cuidó como si fuera su hija. Cuenta que a veces llegaba un chofer de camión que siempre le coqueteó; se hicieron amigos y finalmente novios. Ella se enamoró y, después de algunos meses, se mudó a la Ciudad de México con su hoy esposo desde hace once años. Viven juntos con sus tres hijos y por primera vez en muchos años disfruta de la estabilidad de una vida normal y rutinaria, a la que ha contribuido el IMUMI.

Dilcia supo del Instituto por unos amigos que tenía cuando vivía en Estados Unidos. Explica que se puso en contacto con la organización por miedo a vivir lo que había experimentado con su hija

del otro lado de la frontera estadounidense; con los ojos llenos de lágrimas, agradece profundamente lo que hicieron por ella. Con el apoyo del departamento jurídico de la organización, Dilcia logró regularizar su estancia en México por tener un esposo e hijos mexicanos y se le proporcionaron todos los documentos que necesitaba, como los de identidad y una constancia de origen de forma gratuita.

Además del proceso de regularización, el IMUMI sigue muy pendiente de ella. Ha recibido ayuda económica a lo largo de la pandemia no solo para ella, sino también para sus hijos y el resto de su familia. No obstante, lo más importante para Dilcia es la seguridad que el IMUMI le ha dado. Lo equipara con una mamá que cuida de ella cuando más la necesita, porque sabe que cualquier cosa que requiera, las personas que la han apoyado dentro de la organización siempre van a estar disponibles para ella.

El día de hoy, Dilcia está enamorada de México y de su vida aquí. La realidad es que, a su corta edad, es una mujer muy sabia y consciente de la fuerza y el trabajo que le ha costado llegar a donde está. Reflexiona que, a pesar de que no pudo estudiar una carrera, ella ha aprendido muchas cosas, sabe defenderse, ser valiente, salir de cualquier situación que se le ponga enfrente y reconstruirse las veces que la vida se lo exija.

# MIGRAR PARA VIVIR

**Maritza**

*24 años | El Salvador*

Por José Eduardo Martínez Torres  
Fernanda Montserrat Urbina Hernández  
José de Jesús Rosales Curiel



Maritza es una mujer proveniente del municipio de Santa Ana, El Salvador. Su contexto no es ajeno a la conciencia de todos; su país ha sido socialmente dominado por las pandillas desde que ella tiene memoria. Ese ha sido el entorno en el que ha tenido que vivir y el motivo por el cual se vio obligada a emprender su viaje hacia México, buscando en este territorio continuar con su desarrollo personal, ejercer su libertad y proteger su integridad, que, en más de una ocasión, sufrió de constantes ataques físicos y emocionales.

La educación a la que Maritza tuvo acceso fue por mérito propio; su esfuerzo e interés la llevaron a cursar un programa educativo que más tarde le brindó la oportunidad de acceder a la educación. Ante la adversidad que representa estudiar dentro de una sociedad dominada por el crimen y la falta de recursos, Maritza mantuvo su postura y siguió adelante. A sus ojos, migrar a México le generó un sentimiento de mayor seguridad.

En su opinión, en El Salvador, las personas, y en particular las mujeres, no cuentan con un derecho fundamental como lo puede ser la libertad; su gobierno se ha visto sobrepasado por el crimen y la desigualdad. Así es que la vida cotidiana de Maritza en su tierra natal estaba plasmada de situaciones que la ponían en una posición de suma vulnerabilidad; constantes traiciones, torturas y manipulaciones la orillaron a tomar la decisión de salir de su país. Ante todo, se mantuvo firme y convencida de que en el norte las cosas serían diferentes. Ahora que llegó a México, por Chiapas, espera no tener que volver a su país.

Al llegar a territorio mexicano se enfrentó al problema por el que pasan todas las personas migrantes: la falta de documentos y la falta de recursos básicos; pero, por otro lado, también tuvo otro reto: migrar embarazada y ser madre en un país desconocido. Ante estas situaciones, solicitó ayuda al IMUMI. Al llegar a la organización, de la mano de la abogada, Maritza se ha sentido acompañada en todo su trayecto y se ha encontrado con esa mano que la ha apoyado en su proceso de migración. Sin embargo, Maritza no ha podido escapar de las violaciones a sus derechos que el Instituto Nacional de Migración comete diariamente, desde quitarle de las manos a su hija hasta deportarla dos veces. Ante la dura situación de discriminación por estar catalogada como una migrante, Maritza se ha tenido que abrir sus propias oportunidades en el país.

Ahora Maritza reside en México; gracias al apoyo del IMUMI ha podido resolver su situación migratoria en el país. Encontró a una persona en la que puede depositar su confianza y saber que no le será arrebatada.

La vida de las mujeres en México, pese al contexto de violencia de género, es mejor que en su país. ¿Nos podremos imaginar algún día la terrible situación en la que viven las mujeres en El Salvador? ¿Cuándo vamos a lograr empatizar con las personas migrantes que huyen de su país porque su vida está en constante peligro? Historias como las de Maritza nos deben ayudar a abrir los ojos y a quitarnos los lentes de la discriminación y ponernos los de la empatía. Vivir es un derecho humano; buscar proteger ese derecho no debería estar criminalizado por los Estados y la sociedad mexicana.

# DESPERTAR

**Yesenia**

*34 años | Venezuela*

Por Jesús Sesma Espinoza  
Claudia María Torrens Hernández  
Ángel Ariel Hernández Cisneros





Mujer, madre, migrante. Yesenia es proveniente de Venezuela. Cuando su primera hija era muy pequeña, decidió venir a México con su pareja sentimental, que es mexicano. En aquellos momentos ella contaba con una visa de un año. Durante el tiempo que duraron como pareja, quedó embarazada y tuvieron un hijo, aunque al poco tiempo, después de una serie de problemas de maltrato psicológico y económico, se separaron. Por ello, regularizar su situación migratoria se volvió prioritario.

En ese punto, buscó información en las redes sociales y la refirieron al IMUMI. Entonces comenzó el proceso para obtener documentos y comenzó también su lucha contra la burocracia. A consecuencia del lento sistema migratorio y de funcionarios ineficientes, Yesenia enfrentó muchos problemas para que su hija pudiera estudiar, ya que uno de los requisitos para inscribirla a cualquier instituto educativo es tener una Clave Única de Registro de Población (CURP), la cual su hija no tuvo hasta que la abogada del IMUMI la apoyó.

Su hija está próxima a cumplir dieciocho años y decidió comenzar a trabajar para pagar su carrera en Administración de Empresas. Yesenia admira esta decisión y la llena de orgullo, e insiste en el potencial que tiene su hija para estudiar. En cuanto a su hijo, debe luchar contra la convivencia compartida que tiene con el padre del niño, quien no respeta horarios ni contribuye con la pensión completa que ellos necesitan.

La identidad de su familia es plural. Yesenia nos comenta que nunca dejará de sentirse venezolana, no obstante, admite que México se ha incorporado a su esencia. Su hija tiene una historia contraria: fundamentalmente, se siente mexicana, pero no puede deshacerse de su raíz venezolana. Así, en su expresión, salen las idiosincrasias del país de su madre. La música que escuchan es tanto venezolana como mexicana.

Yesenia es una mujer trabajadora que se dedica a la crianza de animales y a la estética canina. Dentro de sus metas a largo plazo está ir a la universidad para terminar la carrera de veterinaria y tener su propio negocio. Aunque hay momentos en los que se siente muy triste y piensa que no volvería a tomar la decisión de venir a México, sabe que se trata sólo de momentos de depresión que luego le traen perspectiva y acepta que sí, que lo volvería a hacer.

Como un reflejo del vínculo que las une, durante la entrevista, Yesenia estuvo acompañada de su abogada del IMUMI, quien nos platicó que es muy admirable lo que Yesenia ha hecho, y el escuchar sus metas y cómo se ve en unos años, denota aún más que es una mujer con mucha iniciativa, muy fuerte y valiente. Aunque siempre hay obstáculos y circunstancias complicadas, reconoce que Yesenia ha logrado salir adelante compartiendo parte de todo lo que ha vivido en México.

Durante este tiempo, concluye Yesenia, «he estado dormida y he estado despertando. Entre las cenizas se renace», palabras que reflejan la motivación y fuerza que con el transcurso de los años ha adquirido. Yesenia agradeció a la abogada del IMUMI por ser una columna fundamental de su progreso.

# TRÁMITES Y ESPERANZA

**Graciela**

*45 años | Argentina*

Por Paulina Macías Ortega  
Eugenio Campos Güitrón  
Miguel Alfonso Meza Carmona



Graciela es una mujer argentina que migró para establecer su familia en México. Dejó Argentina hace cuatro años con la ilusión de construir un hogar con su pareja y sus dos hijos en un país del cual estaba enamorada. Sin embargo, su condición de migrante fue aprovechada por algunas personas para vulnerarla. Con la ayuda del IMUMI logró regularizar su situación migratoria. Conseguir una «tarjetita» migratoria le permitió encontrar los medios para salir de esa situación.

En un principio, Graciela consiguió trabajo en México, pero lo perdió por no contar con los documentos necesarios. En México todo se resuelve con trámites y burocracia; el papelito habla más que las personas. Cuando perdió su trabajo dejó de tener ingresos tan siquiera para comer y para alimentar a sus hijos. Para entonces ya había terminado su relación sentimental, pero como no tenía una residencia permanente en el país ni una visa laboral, su ya entonces expareja comenzó a utilizar su situación migratoria como herramienta para presionarla: le daba dinero a cambio de que regresara con él. Presión como una manifestación de abuso, como una señal de la existencia de relaciones de poder y dinámicas machistas.

La violencia familiar se refiere a aquellas conductas y omisiones que buscan controlar, someter o agredir a las personas con base en, al menos, un tipo de violencia. Comúnmente la persona agresora tiene un vínculo con la víctima. Una de estas modalidades es la violencia económica y patrimonial: se trata de acciones u omisiones que afectan la supervivencia de las personas; se les priva de los recursos económicos o patrimoniales para satisfacer sus necesidades básicas. Para Graciela, estar encadenada a una relación, sin ninguna libertad para desprenderse de ella era un infierno. ¿Queda espacio para el consentimiento o el deseo cuando de por medio está la supervivencia de sus hijos o la suya? La violencia tiene múltiples manifestaciones y las mujeres migrantes se enfrentan a muchas de sus facetas.

La situación de Graciela era crítica: no conocía la ciudad, no podía buscar trabajo, no tenía dinero y enfrentaba problemas de salud por desnutrición. Tiempo después conoció a una mujer que le platicó sobre una institución que le podía ayudar: el IMUMI. Contactó por teléfono a una de las abogadas y agendó una cita. A partir de ahí, todo empezó a cambiar.

Una semana después de conocer a las abogadas del Instituto, recibió una llamada para firmar algunos papeles e iniciar sus trámites migratorios. Un mes después, la llamaron para acudir a las oficinas del Instituto Nacional de Migración para recibir su tarjeta migratoria. Ahí conoció a otras diez mujeres que eran asistidas por el IMUMI, y a otras cuantas que se enfrentaban solas, sin apoyo institucional, a la burocracia mexicana.

En general, el derecho migratorio es un laberinto confuso y oscuro; las personas no saben a dónde acudir, cómo realizar los trámites ni cuáles son los requisitos necesarios para poder regularizarse. Algunas piensan que es algo tan sencillo como obtener un acta de nacimiento, mientras que otras creen que solicitar asilo o una visa implica un proceso imposible, que además las puede poner en riesgo de ser deportadas a sus países; incluso hay quienes no se acercan a sus propios consulados porque temen que puedan denunciarlas para expulsarlas de México. Las trabas burocráticas llegan al absurdo: para iniciar algunos trámites, es necesario pagar hasta ocho mil pesos, pero una falta de ortografía o un tache en la casilla incorrecta puede provocar que el trámite sea inválido y se tenga que iniciar y pagar de nuevo. Las migrantes perciben la hostilidad de los funcionarios de migración, se sienten observadas y juzgadas al presentar sus solicitudes. Graciela tuvo que pasar por todo esto, pero en compañía del IMUMI consiguió dar consecución a su trámite.

Las personas creen que todo es trámites, burocracia, filas. En parte sí lo es. Pero también es esperanza, es reconocimiento de la identidad, es seguridad, es estabilidad..., que Graciela consiguió con su nuevo documento migratorio, y con lo que dejó de preocuparse y de tener miedo de forma constante; dejó de sentir que en cualquier momento la detendrían y la deportarían. Ese trámite le otorgó la posibilidad de buscar un trabajo, de ganar dinero para ella y para sus hijos. Ese trámite le dio libertad.

Graciela nos cuenta sobre la forma en que sus hijos se vieron afectados por la situación. Su historia no puede entenderse sin la de sus hijos y viceversa. Las historias de las niñas y los niños que migran muchas veces no son visibles, a pesar de vivir la migración en carne propia. Graciela nos cuenta que sus hijos crecieron con miedo. Con miedo a su padre, con miedo a que la regresaran a Argentina, con miedo a que los lastimaran. Escuchar las constantes amenazas y no tener forma material de ponerles un alto, de hacer algo, es desesperante. Su regularización, en la forma de esa tarjeta tan chiquita, supuso un punto de inflexión en la vida de sus hijos. También en la suya. Hoy en día, sus hijos pueden defenderla frente a su papá; ya no se quedan callados por miedo. Gracias al IMUMI, sus hijos cuentan con material educativo y utilizan una tablet que les proporcionó la organización para tomar clases durante la pandemia. Poco a poco regresan a la normalidad y a la estabilidad que deberían tener en su niñez.

Así, Graciela comenzó a trabajar en Médica Sur. Sin embargo, la pandemia comenzó a los pocos meses y el consultorio donde trabajaba se vio obligado a cerrar. Hizo pequeños trabajos durante los meses de encierro, pero le dio covid-19 y tuvo que dedicar un tiempo a su recuperación y a la de sus hijos. Nos menciona que se está reactivando en lo económico y en lo emocional. Tiene planeado trabajar en una estética. Tiene muchos planes para el futuro.

# MÉXICO, PAÍS DE LAS OPORTUNIDADES

**Yadira**

*42 años | Honduras*

Por Paulina Macías Ortega  
Eugenio Campos Cúitrón  
Miguel Alfonso Meza Carmona



Yadira es una migrante hondureña, originaria de Tegucigalpa. Hace seis años inició un largo recorrido con el fin de librarse de la falta de oportunidades económicas, alejarse de la violencia, desprenderse de los problemas personales que tenía con su pareja y, sobre todo, buscar su superación personal. Su objetivo inicial era llegar a Estados Unidos; sin embargo, al llegar a territorio mexicano se dio cuenta que aquí podría vivir y cumplir sus metas. A pesar de las experiencias de discriminación, para Yadira regresar a su país no es una opción, dado que en México ve amplias oportunidades.

El viaje a México no fue sencillo; en el transcurso se vio obligada a realizar largas caminatas, a dormir en el monte, a cruzar el río a pie por la falta de dinero, todo eso mientras se cuidaba de no ser detectada por el personal de migración. Al entrar al país, gracias a la ayuda que recibió de parte de algunas personas, logró encontrar sustento y un trabajo. Pero ella deseaba continuar con su camino, buscaba avanzar hacia la Ciudad de México porque quería obtener mejores oportunidades. No pudo lograrlo, pues fue detenida y deportada por el Instituto Nacional de Migración.

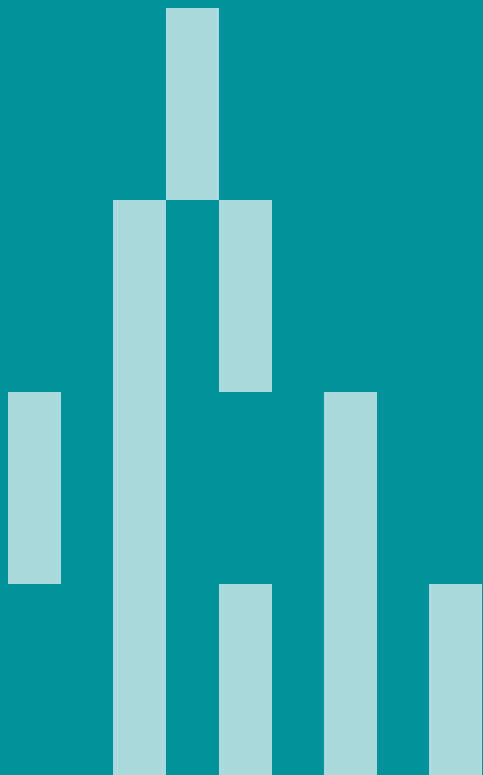
Era claro lo que ella deseaba y aspiraba, y sabía que no lo lograría en su país. Por lo tanto, apenas pasada una semana de haber sido deportada, se dispuso a volver a viajar al territorio mexicano. En esa ocasión sí llegó a la Ciudad de México, donde comenzó a trabajar en una estética, pero pronto volvería a Honduras con el propósito de traer a sus hijos. En ese retorno surgieron diversos inconvenientes, y al final solo su hijo de trece años volvería con ella. Durante su travesía, una vez más fue detenida, ahora junto con su hijo, por el Instituto Nacional de Migración; fueron trasladados a un centro de detención, donde fue víctima de abusos por parte de las autoridades mexicanas, quienes la despojaron de sus posesiones y la obligaban a callar. Por su hijo, ella misma solicitó la deportación por segunda ocasión.

Al regresar a su país, Yadira planeó, junto con su pareja actual, quien la esperaba en la Ciudad de México, cómo lograr cruzar junto con su hijo de manera más segura; estuvo dispuesta a pagar una módica cantidad de dinero por el cruce, y esa tercera vez lograron establecerse en México. Permaneció por cuatro meses en Tapachula, Chiapas, hasta que decidió continuar con su camino a la capital del país, en donde se encontraba su pareja.

Después de haber experimentado ser deportada en dos ocasiones, ahora para ella la regularización de su situación migratoria en México sería prioridad. A través de una clienta en su trabajo como estilista obtuvo conocimiento sobre el IMUMI. Yadira decidió entrar en contacto con la institución, la cual le brindó el apoyo necesario para lograr regularizar su situación migratoria. Se expresa muy agradecida con el Instituto, pues dice que gracias a su apoyo al fin se encuentra tranquila; cuenta que antes siempre tenía que salir a las calles con miedo e inseguridad y tomando muchas precauciones ya que existía la posibilidad de ser deportada por tercera vez. Ahora puede laborar sin preocupación de ser detenida y se encuentra en posibilidad de alcanzar sus metas.

En la actualidad, Yadira ha formado una familia en México; tiene por objetivo aprender a ser masajista y el sueño de llegar a abrir una cocina como negocio familiar. Por otro lado, no pierde la esperanza de traer a sus demás hijos que aún se encuentran en Honduras. Está agradecida con las oportunidades que ha recibido desde que llegó a este país, y aunque considera que está atravesando un camino difícil, lleno de retos, se mantiene optimista y en busca de su superación personal, la cual, confía, podrá alcanzar en México.

# CONCLUSIÓN



Las historias que conforman este documento ponen de evidencia la violencia institucional y comunitaria transversal a cada una, al tiempo que muestran la resiliencia de sus protagonistas. Aunque cada historia es diferente y refleja las diversas situaciones que enfrentaron cada una de estas mujeres, todas han supuesto una oportunidad de descubrir herramientas para su bienestar.

Estas son tan solo algunas vivencias que permiten observar las distintas aristas y lo complejo que puede llegar a ser la migración; sin importar las circunstancias, se ven reflejadas las diversas problemáticas, ya sean económicas o sociales, a las que las mujeres se enfrentan día a día en la región y cómo es que sus diversas circunstancias las llevan a emprender el viaje y llegar hasta nuestro país.

Dentro de cada historia se muestran los distintos obstáculos y retos individuales a los que estas mujeres han tenido que enfrentarse en su andar para poder prosperar; en cada uno de estos casos, la resiliencia está presente, así como la esperanza de alcanzar su libertad. María, Masiel, Engeli, Esmeralda, Dilcia, Maritza, Yesenia, Graciela y Yadira son el ejemplo de esa resiliencia, independientemente del tamaño de las barreras a las que se enfrentaron.

Además, en la lectura se descubren dos Méxicos: por un lado, un sector de la población que discrimina, rechaza y abusa de las condiciones de vulnerabilidad de las migrantes, y, por el otro, un sector de la población que se preocupa por ellas, las acoge y las acompaña en su proceso de integración personal, laboral y social.

Es en este último sector, en el que participan instituciones como el IMUMI, donde mujeres que viven un proceso de migración encuentran un puerto seguro para poder reedificar sus experiencias de vida. Todas las entrevistadas coinciden con que, al contar con la ayuda de una institución como el IMUMI, es posible superar los retos a los que se enfrenta una mujer que decide migrar.





# VOCES DE MUJERES MIGRANTES

**imumi**  
Instituto para las Mujeres en la Migración A.C.

**ITAM**



International